

«EL GRUPO DE LOS ALEMANES» Y EL PAISAJE DE LA SIERRA DE GUADARRAMA

Manuel Mollá Ruiz-Gómez

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Entre 1876 y 1936 el excursionismo tuvo un notable impulso en la Sierra de Guadarrama, prácticamente desconocida por la sociedad madrileña hasta esas fechas. En primer lugar, fueron los educadores como Francisco Giner de los Ríos y sus nuevos métodos de enseñanza en contacto con la naturaleza, y los científicos, entre los que se podría destacar a Ignacio Bolívar o Salvador Calderón, con el precedente de Casiano de Prado, entre otros ilustres investigadores de entonces, vinculados fundamentalmente al *Museo Nacional de Ciencias Naturales*, los que dieron paso a otras formas de conocer y visitar el Guadarrama. Se crearon sociedades deportivas como la *Real Sociedad Alpina Peñalara*, la *Sociedad Militar de Excursiones* o el *Club Alpino Español* y se fomentaron las actividades excursionistas y deportivas. En aquellos años había en Madrid una colonia importante de empresarios y profesionales alemanes, procedentes, por lo tanto, de un país en el que el deporte como actividad de ocio tenía ya un desarrollo importante. Con una concepción más moderna del ocio, los alemanes acudieron a la Sierra para practicar el esquí y el alpinismo, colaborando a que la sociedad madrileña adquiriera con rapidez los nuevos modelos importados.

Palabras clave: excursionismo, Sierra de Guadarrama, excursionistas alemanes, deporte.

ABSTRACT

The Germans and the landscape of the Sierra de Guadarrama.- Between 1876 and 1936 excursionism had an important thrust in Sierra de Guadarrama, almost unknown by the people from Madrid until those dates. First, educators like Francisco Giner de los

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

Ríos and his new methods of teaching in contact with Nature. Then, scientists like Ignacio Bolívar, Salvador Calderón, with the precedent of Casiano de Prado, between some others distinguished researchers from those decades, connected mainly to the Museo Nacional de Ciencias Naturales, who made new ways to know and visit the Guadarrama. Also sports societies were created, like *Real Sociedad Alpina Peñalara*, *Sociedad Militar de Excursiones* or the *Club Alpino Español*. In those years, an important group of German business men and professionals were living in Madrid for different reasons. So, they were coming from a country with a new understanding of sports and leisure. These people saw in the Guadarrama a perfect place to practice sky and alpinism, and they showed to the Madrid society these new activities.

Key words: excursionism, Sierra de Guadarrama, German hikers, Sports.

I. EL DESCUBRIMIENTO DEL GUADARRAMA

A mediados del siglo XIX la Sierra de Guadarrama estaba prácticamente inexplorada, con excepción de los estudios de Casiano de Prado, y era casi desconocida, e incluso temida, por los madrileños. Al contrario de lo que ocurría en Cataluña y su Sociedad Excursionista, esta actividad carecía de seguidores en Madrid. Las cosas cambiaron de forma radical y en muy poco tiempo en el último cuarto del siglo, con la creación de la *Institución Libre de Enseñanza* y el desarrollo del excursionismo como parte fundamental de la pedagogía institucionista. Junto al desarrollo pedagógico de la excursión hubo un fuerte impulso de las Ciencias Naturales y la Sierra se convirtió en objeto de estudio para científicos como Salvador Calderón, José Macpherson e Ignacio Bolívar, quienes hicieron del Guadarrama su laboratorio de investigación.

En pocos años la Sierra de Guadarrama pasó de ser una gran desconocida a convertirse en símbolo de las nuevas ideas y aportaciones científicas emanadas de la ya mencionada *Institución Libre de Enseñanza*, de la *Real Sociedad Española de Historia Natural* y del *Museo Nacional de Ciencias Naturales*. Por una parte, el pensamiento filosófico de Francisco Giner de los Ríos fue conformando el carácter serrano como representación de un paisaje identitario de Castilla y de España, a la vez que le otorgaba al excursionismo un espíritu que iba más allá del simple placer por el disfrute de la naturaleza, para concederle un valor moral y de regeneración de un ideario nacional devastado por la trayectoria política de España y, especialmente, por la pérdida de Filipinas y de las últimas colonias americanas. El paisaje del Guadarrama cobraba valor tanto desde perspectivas estéticas como éticas. Escribía Giner de los Ríos:

«En su más rigurosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos.

La temperatura ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y, hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera a la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentimiento.» (Giner de los Ríos, 1915: 36).

El artículo de Giner, del que este párrafo forma parte, es toda una declaración de principios, además de una bella definición de paisaje, que será guía inspiradora de buena parte del excursionismo en la Sierra de Guadarrama, tanto en su faceta pedagógica, como científica e, incluso, deportiva.

La aparición de nuevas teorías en el campo de las Ciencias Naturales, sobre todo en la Geología y en la Botánica, permitió a científicos como los ya mencionados Calderón, Macpherson y Bolívar y a sus respectivos discípulos tener en el Guadarrama el idóneo laboratorio de análisis y aplicación de las mismas. De esta manera, en pocos años se desarrollarán estudios muy importantes sobre la edad de la Sierra, sus aspectos litológicos o botánicos y hasta glaciológicos, especialmente desde la llegada de Hugo Obermaier. El estudio sobre el terreno se había hecho primordial y los geólogos eran conscientes de que sólo habría un buen trabajo de gabinete en la medida en que la observación directa de los fenómenos fuera eficaz y sistemática. En su obra *Nuevos elementos de historia natural*, Bolívar y Calderón dedicaron un capítulo a explicar cómo se debía de hacer la excursión y qué pasos se tenían que dar durante el trabajo de campo. Con estas palabras iniciaban sus recomendaciones:

«Excursiones.- Las expediciones geológicas tienen que ser generalmente largas, merced a la gran extensión que abarcan la mayoría de los fenómenos del suelo. Es, pues, indispensable al expedicionario acostumbrarse a andar.» (Bolívar y Calderón, 1909: 225).

Además de los consejos específicos sobre los materiales y utensilios que el investigador debía llevar al campo (mapas, martillos, frascos, etiquetas...), se hacían recomendaciones sobre los lugares más adecuados para la observación (minas, canteras, barrancos, trincheras del ferrocarril, etc.), sin olvidar la elección de puntos elevados desde los que tener vistas panorámicas que permitían adquirir un conocimiento más detallado sobre el relieve del lugar visitado. Las memorias que se hacían de estas excursiones mostraron mucho más que el interés investigador y científico, pues, poco a poco, se incluyó información de carácter general que ayudaba a los excursionistas en sus recorridos, tales como horarios de trenes, lugares para comer o itinerarios adecuados para que la visita fuera lo más provechosa posible.

Si bien estos consejos o «normas» estaban destinados al trabajo científico, muchos de estos investigadores se interesaron también por el paisaje en general e incluían en sus memorias descripciones que iban más allá de la labor del científico. Un buen ejemplo podría ser Francisco Quiroga, quien incorporaba comentarios de carácter general sobre los paisajes

visitados. Escribía este autor para finalizar la memoria de una excursión a la zona de Robledo de Chavela:

«Continuando la ascensión, se llega a la vía férrea, y se debe seguir por ella a la estación de Robledo, contemplando el bellissimo paisaje que se desarrolla por la derecha, constituido en el fondo por el valle del río Cofio, que ensancha hacia Robledo, y en ambas laderas por un cúmulo de picos y montes de tonos azulados, envueltos en neblina y con frecuencia en girones de nubes.» (Quiroga, 1893: 42).

Por supuesto, las actividades educativas y científicas no fueron las únicas que animaron a los guadarramistas madrileños, dado que desde muy temprana fecha hubo también una vertiente deportiva en el excursionismo, relacionada básicamente con el alpinismo y los deportes de nieve, sin olvidar el senderismo. Fruto de esta actividad, hecha de forma poco organizada en sus comienzos, surgirán organizaciones deportivas como *Los Doce Amigos*, entre cuyos fundadores hay personajes tan significativos del guadarramismo como Constancio Bernaldo de Quirós o el poeta Enrique de Mesa, por nombrar a dos, y que dará lugar a la *Real Sociedad de Alpinismo Peñalara*, muy vinculada a los círculos institucionistas y científicos del *Museo Nacional de Ciencias Naturales*. Una actividad deportiva, la patrocinada y estimulada por las gentes de *Peñalara*, muy próxima siempre al pensamiento de Giner y los institucionistas.

De todas las sociedades excursionistas fundadas en Madrid a comienzos del siglo XX, la más antigua es la *Sociedad Militar de Excursiones* (1900), de la que será su presidente más destacado José Ibáñez Marín. Creada por un grupo de oficiales y jefes del Ejército, muy vinculados a los movimientos regeneracionistas y al institucionismo de Giner, tendrá un claro objetivo, señalado en su artículo primero:

«La Sociedad Militar de Excursiones tiene un carácter profesional. Su objeto es el estudio de España, considerada en todos sus aspectos, pero muy singularmente en el militar, topográfico, científico e histórico.» (Saro, 1900, 518).

El hecho de mencionar aquí a esta sociedad se debe a su fuerte vinculación también con el Guadarrama, si bien realizaron viajes de estudios a muy diversos lugares, tanto en España como fuera.

La versión más puramente deportiva a la que, como se verá, será más afín el grupo de alemanes, y con menos vínculos con el pensamiento institucionista estaría representada por el *Twenty Club*, nacido en 1906 y convertido en el *Club Alpino Español* dos años después, a imagen del *Club Alpino Francés*, del que tomarían sus estatutos como base para elaborar los propios. O la *Sociedad Deportiva Excursionista*, fundada en mayo de 1913. De todas ellas, la que mayor impulso tuvo fue el CAE, que ya en 1912 contaba con más de 600 socios.

Antes de entrar al análisis de la presencia alemana en el Guadarrama, conviene recordar que hubo otros personajes extranjeros que tuvieron una fuerte presencia en la Sierra ya desde el siglo XIX. En este sentido, encontramos la figura del suizo Alberto Oettli, uno de los miembros fundadores de la Real Sociedad Alpina Peñalara, que ya en 1891 hizo la ascensión a Siete Picos, acompañado del embajador inglés en Madrid, Arthur Jackson. O los noruegos

B. Lorensen y K. Christensen, quienes, acompañados por Manuel González de Amezúa, fueron los primeros esquiadores de la Sierra. Según cuenta Pedro Nicolás, González de Amezúa, amigo de los entonces directores de la Fabrica de Maderas de la calle de Argumosa, los noruegos antes mencionados, les pidió que construyeran los tres pares de esquís con los que se inició esta actividad deportiva en el Guadarrama.

«Entre 1903 y 1904 don Manuel González de Amezúa se acerca a la Sierra *como turista*. En esa época, un amigo residente en Suiza le surtía de revistas deportivas en las que se mostraba la importancia creciente de los deportes de nieve en los países alpinos. Esta circunstancia le hace ver «las extraordinarias condiciones que las inmediaciones del Puerto de Navacerrada reunían para ejecutar esta clase de deportes de nieve, especialmente el ski, hecho este en el que no habían reparado los que la visitaban de antiguo, sin duda por desconocimiento de esta corriente deportiva.» (Nicolás, 1998: 184).

II. EL «GRUPO DE LOS ALEMANES»

En uno de sus textos, recordando cómo se habían desarrollado las actividades que habían llevado a un importante conocimiento de la Sierra de Guadarrama, Bernaldo de Quirós escribió, con el significativo título de «La colonización del Guadarrama», lo que sigue:

«(...) y por los senderos de la Sierra no circulaban sino raros grupos muy poco numerosos, de un carácter muy íntimo y cerrado, tales como el de los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, dirigidos por D. Francisco Giner y D. Manuel B. Cossío; el de la Sociedad de Excursionistas militares, capitaneados por el entonces comandante D. José Ibáñez Marín; el de los naturalistas del Museo, con D. Ignacio Bolívar a la cabeza, y el de los alemanes, guiados por Carlos Coppel. Desde aquella fecha [1902], inolvidable para nosotros, nuestro grupo de cinco [él, Enrique de Mesa, Enrique García Herreros, Luis Gorostizaga y Enrique de la Vega] fue uno más, el más reducido, sin duda, pero no el menos entusiasta.» (Bernaldo de Quirós, 1929: 236).

Durante un buen número de años, aunque no de forma constante, se ha procurado completar el panorama excursionista de aquel periodo por la Sierra de Guadarrama, con atención a todos estos grupos señalados por Bernaldo de Quirós y que modelaron la Sierra desde diferentes puntos de vista, como se ha indicado en las páginas precedentes, desde los estudios científicos y la pedagogía, hasta aspectos antropológicos y meramente deportivos o excursionistas. Quedaba, sin embargo, indagar en ese «grupo de alemanes» que también recorrían la montaña madrileña desde finales del siglo XIX, y que, en consecuencia, tenían un contacto próximo con los guadarramistas españoles, aunque no aparezcan, al menos los más destacados, vinculados a la *Real Sociedad Alpina Peñalara* y no dejaran una obra escrita comparable a la de Bernaldo de Quirós o cualquiera de los miembros de dicha sociedad, excepción hecha del ilustre Hugo Obermaier, quien pasó años vinculado al *Museo Nacional de Ciencias Naturales*, tras su forzosa estancia en Madrid como consecuencia de una visita realizada a

España en 1914 y su imposibilidad de volver a París, donde trabajaba, como consecuencia del comienzo de la gran guerra.

Carlos Coppel, nombrado casi de pasada por Bernaldo de Quirós, era, necesariamente, el punto de partida de la investigación para saber algo más de este grupo y de su posible huella en la mentalidad guadarramista de entonces. Por otro lado, la fuerza del alpinismo alemán de aquellos primeros años del siglo XX, comparada con los grupos franceses o españoles (150.000 alpinistas alemanes sobre 1915, comparados con los poco más de 11.000 franceses y los apenas 4.000 españoles, según datos procedentes de la revista *Peñalara* (1916), sobre información recogida de los distintos clubes y sociedades de alpinismo de los tres países), era indudable, por lo que cabía pensar en deportistas puros con menos interés por otro tipo de conocimientos o valoraciones de los paisajes de la Sierra, sin que ello signifique afirmar que tales deportistas afincados en Madrid carecieran de sensibilidad hacia los paisajes que recorrían en sus excursiones o escaladas. Al contrario de lo que ocurre con los excursionistas y deportistas en general vinculados a la sociedad *Peñalara* o a la *Institución Libre de Enseñanza*, ni Carlos Coppel ni los miembros de su grupo, mencionados por Bernaldo de Quirós, dejan testimonio escrito de sus actividades deportivas, lo que lleva a pensar en un grupo de deportistas puros que utilizan el Guadarrama como lugar para la práctica del deporte, pero sin las valoraciones que los excursionistas locales, vinculados a las sociedades antes mencionadas le otorgan al paisaje de la Sierra. Cabe pensar que, frente al espíritu deportivo bien asumido de los miembros de la colonia alemana de Madrid, gente como Bernaldo de Quirós se ve en la necesidad de transmitir las bondades del ejercicio al aire libre a una sociedad poco acostumbrada todavía a ello, a la vez que, él y tantos otros, muestran y explican a los madrileños cómo es su paisaje serrano y de qué manera se puede leer y sentir.

La información existente sobre Carlos Coppel no es muy completa y apenas es posible recomponer algunas de sus actividades en tierras españolas o las razones por las que se instaló en Madrid a mediados de los años sesenta del siglo XIX. Es interesante constatar, en cualquier caso, que otros miembros de la familia, en fechas parecidas emigraron a México, donde desarrollaron una importante actividad económica, comercial sobre todo, que aún se mantiene. Carlos Coppel era relojero y fundó una fábrica de relojes en Madrid, en la calle Fuencarral, que tuvo un gran prestigio en su época, con sucursales en algunas otras ciudades (al menos hay constancia de la apertura de un local en la ciudad de Toledo).

Por lo que se refiere a su actividad deportiva, poco se sabe, al margen de lo escrito por Bernaldo de Quirós o por la información publicada en *La Ilustración Española y Americana* en 1898:

«Publicamos un grupo fotográfico de los ciclistas alemanes que recientemente visitaron esta corte, y a los cuales se ha hecho muy cariñoso recibimiento.

Los ciclistas madrileños y la colonia alemana han organizado fiestas en honor de los distinguidos excursionistas, a las cuales puso digno remate el lunch servido el día 23 en la Embajada alemana.

En nombre de Mr. de Radowitz, que se encuentra veraneando en La Granja, hizo los honores de la casa el encargado de Negocios, Barón de Seefried.

Al día siguiente emprendieron de nuevo la marcha, y fueron acompañados de gran número de ciclistas españoles a Aranjuez y Toledo.

Gratamente impresionados los intrépidos viajeros por la acogida afectuosa que Madrid les ha dispensado, dieron el encargo al representante de la Unión Velocipédica Alemana, D. Carlos Coppel, de hacer público por medio de la prensa el testimonio de su sincera gratitud.» (Cuenca, 1898: 115).

Sobre su interés por el alpinismo o, al menos, por el excursionismo por el Guadarrama, además de lo ya dicho, está la constancia del ingreso de la familia (Carlos, Carmen y Alfonso Coppel) en el Club Alpino Español (admitidos como socios en la sesión celebrada el 2 de enero de 1914) como recoge *Peñalara* (*Peñalara*, 1914: 37). Es interesante constatar su vinculación al *Club Alpino Español* y no a la *Sociedad Peñalara*, dado el carácter más elitista del primero, con una orientación más clara hacia los deportes de nieve.

La impresión causada por el grupo de Coppel, es decir, su alpinismo puro, se confirma en un texto de Ignacio Bolívar, «En los albores del alpinismo», en el que habla de otro de aquellos deportistas alemanes que dejaron su huella en el Guadarrama. En este caso se trata también de un relojero (su establecimiento estaba en la calle Sevilla, 12), Fernando Ganter, procedente de Lenzkirch, en la Selva Negra, cuyo negocio después adquirieron los Maurer, también relojeros y establecidos en la Carrera de San Jerónimo, 15 (En 1919, todavía en esta calle, aparecen anuncios de la relojería de la Viuda de Alberto Maurer). Ignacio Bolívar, de quien procede la información, no precisa los años en los que Ganter se vincula a la Sierra. Sin embargo, parece que ya desde los años ochenta del siglo XIX, tanto Ganter como Coppel y Maurer practicaban el alpinismo en el Guadarrama. El texto de Bolívar hace referencia exclusiva a Fernando Ganter, pero es difícil pensar que estos relojeros alemanes, afincados en Madrid y alpinistas visitantes asiduos de la Sierra no tuvieran estrechos contactos, por lo que, sin hacer ninguna afirmación tajante, cabe suponer que los tres formarían parte del «grupo de los alemanes» de Bernaldo de Quirós. El texto de Bolívar, además de ser una excelente, incluso divertida, descripción de Ganter, establece una interesante comparación entre dos formas de entender el excursionismo por el Guadarrama, el científico y el deportivo. Merece la pena reproducir el texto completo que Bolívar dedica a Ganter, que es también un merecido homenaje a este alemán al que el autor considera el primer alpinista de la Sierra:

«Don Fernando Ganter (...) era hombre acostumbrado a los deportes del alpinismo que seguía practicando, haciendo frecuentes expediciones a la sierra. Hombre de complexión robusta y temperamento sanguíneo, de genio alegre y expansivo, pronto trabamos amistad con él y conocimos el objeto de sus excursiones, pudiendo asegurar que ha sido el primero que ha practicado este deporte en nuestra sierra, por lo que su nombre no debía permanecer olvidado o desconocido por las Sociedades alpinas y a ello van encaminadas estas líneas. Porque nosotros, y antes aún el profesor D. Mariano de la Paz Graells y el ingeniero D. Casiano de Prado, habían recorrido la sierra en todos sentidos, llegando a conocer todos sus accidentes y recobecos (*sic.*), participando sin duda, como nosotros, en las excursiones a que me refiero, de todos los goces que proporciona la contemplación de la naturaleza y también de todas las fatigas que lleva consigo el alpinismo, pero lo hacíamos con un fin interesado movidos por el aliciente de los estudios zoológicos, botánicos o geológicos y con la esperanza, no fallida por cierto, de llegar a

hacer descubrimientos de especies o de hechos nuevos para la ciencia. No así Ganter, que realizaba sus excursiones por puro sport, siendo, por tanto, el tipo acabado de alpinista. Conocía todas las sendas y caminos de la sierra, y aun sin ellas por sobre la nieve, sabía dirigirse adonde se proponía, mejor equipado y provisto que nosotros, que carecíamos de la indumentaria apropiada para el caso ni de equipo pulido y acondicionado, como hoy es costumbre, sino con un simple zurrón en el que el sitio de las provisiones era disputado con ventaja por los utensilios de caza, imponiéndonos así una sobriedad forzada, pero que sobrellevábamos con gusto a trueque de que no nos faltase el menor detalle en nuestro arsenal entomológico, compuesto de mangas, tamices para hormigueros, frascos, pinzas, cajas, etc. Ganter, por el contrario, con su lucido y confortable atalaje, se hacía seguir además por un escudero que completaba, aunque a la inversa, la inmortal pareja de Sancho y Don Quijote, pues el escudero era alto y magro como el héroe de Cervantes y que era portador de una cesta bien repleta de provisiones que por sus bordes dejaba ver los argentados cuellos de algunas botellas destinadas sin duda a favorecer la deglución de las provisiones y celebrar la ascensión a los altos picos de la sierra, desde los que, contemplando a sus pies la inmensa llanura que limitan en su fondo los montes de Toledo y las estribaciones de la Sierra de Gredos, y olvidadas las miserias de la humanidad ante aquel panorama incomparable, atacaban sus víveres con apetito y alegría sin olvidar de rociarlos con repetidos tragos, por lo que puede colegirse disfrutarían de la doble vista que Heine atribuye a los que se alegran por la bebida, pudiendo asegurarse que sus pasos no se sentían tan seguros a la vuelta como lo fueron a la subida.

La llegada de nuestro alpinista a la fonda de Navacerrada, por lo común ya de vuelta de su excursión, era motivo siempre de gran animación; a nosotros nos cogía mustios y fatigados de nuestra correría, descansando en los bancos que se extendían a lo largo de las paredes de la cocina, con los codos apoyados en la mesa en espera de las modestas sopas de ajo que habíamos encargado a fin de reservar nuestras provisiones para los días siguientes, y con la perspectiva de pasar la noche en aquella postura por la negativa de la maritornes a proporcionarnos camas. Ganter, sin contemplación alguna y sin detenerse ante aquella negativa, valiéndose de su prestigio con los posaderos, se introducía en las habitaciones de éstos, revolviendo toda la casa, y pronto aparecía arrastrando jergones y colchones que, ayudado por nosotros, extendía por el suelo del cuarto próximo, donde en cama redonda, conquistada a tanta costa, pues es de suponer no se haría aquel despojo sin protesta, descansaban nuestros asendereados cuerpos cobrando nuevo vigor, que bien lo habíamos menester, para la próxima jornada.» (Bolívar, 1922: 61-62).

Este lúcido y bien escrito texto, contraposición de dos formas de estar en la montaña y de entenderla, no es una crítica al gran alpinista, pero, en el fondo, Bolívar ennoblece el espíritu del excursionista (científico en este caso, aunque aplicable a muchos otros guadarramistas), curioso y austero, hijo también del espíritu gineriano del que, a todas luces, Ganter carece. Para este último la Sierra es un lugar en el que practicar el alpinismo, como podría hacerlo

en cualquier otra montaña, sin las connotaciones que para los guadarramistas tenía su sierra. El cansancio y el ejercicio físico se ven recompensados por la buena comida y mejor bebida, tanto en el Guadarrama como en los Pirineos o los Alpes, si hacemos caso de las palabras de Bolívar. El premio es la conquista de la cumbre; su significado, la contemplación de esos paisajes concretos cargados de valores, no aparecen en el espíritu del alpinista alemán. Esto no quiere decir que Ganter se equipare a los denostados «snovistas» de los que habla Bernaldo de Quirós:

«En realidad el snovista es un mundano, a quien la montaña no interesa por sí misma, y que, consiguientemente, carece de afinidades electivas que impulsan hacia ella. Sobre una pista artificial, con un fondo de telones pintados y entre una atmósfera de tocador, es decir, en el Palacio del Hielo, seguiría practicando sus ejercicios, con tal de moverse en una vida social, alegre y confiada, con la exótica indumentaria y atavíos recomendados en los catálogos de objetos de sport más exigentes.» (Bernaldo de Quirós, 1923: 85).

Ignacio Bolívar o Bernaldo de Quirós, sin embargo, firmarían lo escrito por Eduardo Martínez de Pisón:

«La Sierra de Guadarrama es un territorio, pero es también una idea, es un legado de peñas, pinares, robledos y prados y, a la vez, una herencia cultural. Esas corrientes culturales han dado lugar a una honda apreciación del monte, el regato, la nieve, el campo o el pueblo, valores que conviven con otros procesos menos desinteresados, propios de la urbe creciente y dominante que se agita a sus pies: frente al trasiego, la Sierra es aún sosiego. La Sierra de Guadarrama no se explica sin esta complementariedad. Salir de excursión es también localizar la calidad propia de la montaña, su nido de silencio.» (Martínez de Pisón, 2007: 178).

En la reconstrucción de este curioso grupo de alpinistas alemanes aparecen dos, Hausen y Ohsman (sus nombres de pila no han sido encontrados), de los que hay una referencia en *Peñalara*, por el escrito que el primero de ellos hizo sobre su subida al Yelmo (en la fecha en la que se publicó el texto, agosto de 1916, ninguno de los dos deportistas aparece como socios de la *Real Sociedad Alpina Peñalara*). Cabe suponer que fue el propio Hausen, firmante del texto, quien lo escribió en castellano, porque no hay ninguna referencia a la posible traducción del mismo. Sin que tampoco haya ninguna constancia sobre el hecho, hay quien afirma que ellos fueron los primeros en ascender al Yelmo después de que lo hiciera Casiano de Prado alrededor de treinta años antes. Dado que es el único texto encontrado de este grupo de alpinistas, se reproduce entero:

«El 14 de Febrero del año 1899 tuve la idea de ir a visitar la Pedriza de Manzanares, en compañía de mi buen amigo y compatriota Ohsman, emprendiendo el camino del pueblo de Manzanares con gran ánimo y muy cargadas las espaldas, ya bien entrada la mañana; a pesar de lo cual, el frío, intensísimo a ratos, nos hacía

tiritar bajo nuestras capas y arrepentirnos de la ocurrencia que habíamos tenido de abandonar las comodidades de la Corte por el aventurado amor de la montaña.

A derecha e izquierda encontrábamos los charcos helados, cubiertos de ligera capa de nieve que el aire esparcía sin cesar y arañaba nuestro rostro.

Conforme nos acercábamos a la inmensa mole de granito que constituía nuestra obsesión, se nos presentaba más admirable, más bella, pues la nieve que con blanco manto la cubría, realzaba su hermosura, haciéndonos pensar en los encantos que aprisionara.

Las dos de la tarde serían cuando entramos en el pueblo, donde nos aconsejaron desistiéramos de nuestra empresa, por estar las veredas borradas por la nieve y ser probable que el hielo hiciéramos caer a cada paso que diéramos por las rocas.

Tercos y decididos les dimos las gracias por sus informes, y acompañados hasta la ermita de la Sacra por el vecino Justo Martín Gil, tomamos una senda que, torciendo en dirección N. O., sube sinuosamente entre redondos riscos; y tras dos horas de andar como jugando al escondite por aquellos peñascales, nos encontramos ante nuestra Peña, que, después de una ojeada general, atacamos por el N. E., por donde, según nuestras noticias, era vulnerable. Metiéndonos por una grieta vertical, con algún trabajo de codos y rodillas, conseguimos trepar hasta arriba.

Para reconocer aquella planicie, paseamos en todas direcciones la Peña, yendo después a buscar nuestros morrales, que habíamos subido; pero por más vueltas que dimos no encontramos el sitio en que los habíamos dejado. Con todo esto, la noche se echaba encima y se espesaba la niebla que ya hacía rato se había presentado, por lo que decidimos bajar cuanto antes e ir a buscarlos al día siguiente; mas por desdicha la grieta por donde habíamos subido tampoco parecía (*sic.*).

Nuevas pesquisas más minuciosas hechas ya a tientas también resultaron en balde, y decididos a bajar a todo trance, empezamos por probar hacer lumbre con algunas zarzas que habíamos recogido, pero que no ardían a pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para conseguirlo, quemando cuantos periódicos disponíamos, sin lograr alumbrarnos ni podernos orientar.

Como la noche se hacía inaguantable, sobre todo, por el aire, nos decidimos a bajar, a riesgo de matarnos, y tras de empezar a descender y volver a subir en varias direcciones, por ser completamente impracticables, a los pocos metros que avanzamos conseguimos, al fin, bajar, andando a gatas y destrozándonos los dedos con el hielo, una serie de metros que no podíamos apreciar, pero que se nos figuraban muchos; llegando al cabo a un trozo de pared vertical de no mucha altura, puesto que se notaba brillar abajo y cerca el hielo.

Unimos un cinturón a un extremo de nuestra cuerda de 25 metros, y dejándola caer percibimos el ruido que producía la hebilla al chocar con el hielo. Anudando el otro extremo de la cuerda a un saliente de la roca, se aventuró mi compañero a descender bien sujeto por ella a la cintura, según yo la iba soltando.

Un grito de triunfo me indicó que ya estaba abajo; entonces fui descendiendo yo casi a pulso, notando cómo se deshacían mis guantes, y creyendo quedarme sin dedos.

Eran más de las once de la noche cuando nos encontrábamos abajo.

Tras de caídas innumerables y temiendo a cada instante dejarnos pegada la cabeza a una roca, llegamos a Manzanares a las cuatro de la mañana, con las ropas destrozadas y sin aliento, consiguiendo, tras de mucho llamar, que nos acogieran en una casa, de donde salíamos al día siguiente en caballerías para Villalba.

¡Alpinistas amantes de la sierra, no olvidéis nuestra aventura y precaveos de que se os haga de noche en ella cuando suba la niebla!» (Hausen, 1916: 43-45).

La excelente descripción de Hausen, como se puede apreciar, es mucho más la obra de un alpinista que cuenta su aventura casi heroica para ascender al Yelmo, durante un duro y frío día de invierno, que cualquiera de las descripciones de los paisajes de la Sierra a la que nos acostumbraron los guadarramistas de entonces, fueran estos científicos realizando sus trabajos de campo o excursionistas puros. No quiere esto decir que el guadarramista no valorara el esfuerzo, el texto de Bolívar, las palabras de Giner, las de tantos otros, lo dejan claro. De hecho, ese esfuerzo, el sacrificio que supone la excursión, tenga el objetivo que tenga, es parte de la misma: «el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos» que escribiera Giner. Sin embargo, junto a ello, siempre queda lugar para la descripción del paisaje con toda la carga de valores que el mismo tiene.

Durante los años de la I Guerra Mundial se produce un hecho interesante, tal y como se registra en diferentes números de la revista *Peñalara*, la admisión de nuevos socios de apellido alemán en un número significativo, sobre todo si se compara con la ausencia de otros de diferentes procedencias. Decir que todos ellos eran alemanes sería excesivo, pues lo mismo podrían ser austriacos o suizos de los cantones de habla alemana, aunque no sería de extrañar como consecuencia de un cierto exilio causado por la guerra. De los que se puede dar constancia cierta es del grupo de cinco alpinistas alemanes a los que menciona Juan A. Meliá en una de sus crónicas de *Peñalara*. En su «Crónica de la Pedriza», de mayo de 1916, Meliá cuenta la llegada al refugio Giner de cinco alpinistas alemanes, el jueves 20 de abril de ese año. De tres de ellos ha sido posible obtener alguna información complementaria que pone de manifiesto que buena parte de estos alpinistas afincados en Madrid, temporal o permanentemente, pertenecían a las clases sociales económicamente más altas o de la élite intelectual. El primero de ellos, Alfred Schachtzabel, fue un investigador que durante los años de 1913 y 1914 recorrió el centro de Angola, y cuyos trabajos de carácter etnográfico se encuentran en el Berliner Völkerkundemuseum. A él se refiere Meliá como expedicionario africano y debió vivir un tiempo en Madrid, puesto que desde enero de 1916 era socio de *Peñalara*. También fueron personajes conocidos Guillermo y Thyra Ullman, llegados a Madrid en 1907, porque él fue nombrado director del Banco Alemán Trasatlántico de esta ciudad. Ella, pintora muy vinculada a San Sebastián, murió en 1983 e ingresó como socia en la misma fecha que Schachtzabel. Nada se sabe de los otros dos, Oswaldo Reinhart y Leonardo Dangers, salvo que llegaron con los tres anteriores al refugio en la fecha antes señalada.

En el mismo número de la revista, Juan A. Meliá narra el ascenso al Pájaro por un grupo formado por Zabala, Bellido, Schachtzabel y él mismo (según el autor de la crónica, la señora Ullman no pudo subir porque sus compatriotas no se lo permitieron). Con buen humor, Meliá describe la escalada:

«Después de una laboriosa *faena*, durante la cual el cronista hizo varias reflexiones muy discretas, que el amor propio le obligó a desdeñar (un ser ordinario diría que tuvo miedo), Zabala pisó la cumbre, echó la cuerda abajo, y el resto puede adivinarse: sujetos a ella fueron escalando, uno a uno la terrible llambria que forma la cabeza del «Pájaro» los otros tres ascensionistas.

Esta llambria, casi vertical, tiene unos 12 metros de desarrollo de arriba abajo; aun yendo sujeto con la cuerda, la subida y el descenso por ella son de una gran emoción, porque a la izquierda se ve hundirse el espacio hasta el arroyo de la Majadilla; a la derecha, el peñasco tiene un corte a pico de 40 metros o más; y a la espalda, o mejor dicho, a los pies, la roca pulimentada y casi vertical se precipita de modo que no ofrece dudas acerca del fin que reserva a quien por ella resbale.» (Meliá, 1916: 132).

El cronista acaba señalando la hora a la que llegaron a la cumbre (las 5 en punto) y los saludos y vítores que recibieron por parte de los compañeros que quedaron abajo y de otros excursionistas que había en la zona. De nuevo, el alpinismo en estado puro en compañía de un grupo de alemanes, que si bien está claro que no formaron parte del grupo inicial que se encontraba Bernaldo de Quirós en sus primeras excursiones por la Sierra (1902), formaron parte de quienes animaron el alpinismo en el Guadarrama en aquellos años.

III. CONCLUSIÓN

En primer lugar, es conveniente insistir en el rápido proceso que modifica el conocimiento que se tenía a finales del siglo XIX de la Sierra de Guadarrama. Casiano de Prado con sus investigaciones, Giner de los Ríos y una nueva forma de entender la educación de los jóvenes y el paisaje mismo, abrieron las puertas de un lugar temido y al que apenas se iba, salvo para atravesar sus puertos camino del norte peninsular. En 1875 casi nadie se atrevía a recorrer sus montañas; en 1902, en palabras de Bernaldo de Quirós, sólo unos cuantos excursionistas se encontraban por aquellos parajes; en 1912, el *Club Alpino Español* ya tenía más de seiscientos socios o, por añadir un dato más, en 1917 ya había grupos que pedían la declaración de parque nacional para el Guadarrama. Es decir, el proceso en el que van a participar los alemanes residentes en Madrid es casi vertiginoso y muy polarizado, en principio, en dos grandes grupos, el de los científicos y el de los institucionistas, entendidos ambos en sentido amplio, pues es indudable que la *Real Sociedad Alpina Peñalara* tuvo fuertes vínculos con unos y con otros. En pocos años, el deporte se añadirá como una nueva forma de entender la Sierra, y el *Club Alpino Español* podría representar ese entendimiento, relacionado, sobre todo, con las clases altas madrileñas (a las que se puede decir que pertenecían los alemanes), entre otras razones, porque todavía el ocio no era una actividad extendida a todos los sectores laborales (hay que recordar que sólo el domingo era día de descanso) y que, durante los primeros años del siglo XX, nada más era posible acceder a la Sierra si se tenía coche privado (muy escaso) o si se disponía del tiempo que los viajes en diligencia hacia necesario. Esto sin contar, desde luego, con la falta de tradición excursionista entre los madrileños, comparada, por ejemplo, con la sociedad barcelonesa, mucho más cercana a las modas europeas ya en el siglo XIX.

Parece claro que, por lo analizado, el «grupo de los alemanes» no tuvo una organización similar a las de las sociedades mencionadas, pero fueron una presencia notable entre los excursionistas que visitaban con asiduidad la Sierra de Guadarrama. Portadores de una tradición deportiva y alpinista que apenas se iniciaba en España, le dieron a estas montañas otra dimensión, la del esfuerzo y la lucha contra la naturaleza, manifestadas en la conquista de cumbres que, en esos años, estaban todavía vírgenes. La falta de textos no permite afirmar que fueran maestros de los alpinistas madrileños en dicha actividad, pero no es difícil imaginar que pudo ser así. Ignacio Bolívar, en su escrito sobre Ganter pone de manifiesto algo importante, la forma física de éste para desarrollar su deporte, por más que, como Bolívar dice «sus pasos no se sentían tan seguros a la vuelta como lo fueron a la subida». Frente a la excelente forma del alemán, se retrata con sus compañeros de trabajo como «mustios y fatigados», es decir, el deporte exige una preparación que va más allá de la técnica de la escalada de estos expertos alpinistas y, en consecuencia, se abre una cierta profesionalización en lo referente a la necesaria forma física del deportista y que, por razones obvias, no había estado presente en los excursionistas madrileños de aquellos años.

Por otro lado, es fácil comprender que buena parte de esta colonia alemana no entendiera el significado que, a partir de Giner de los Ríos, se va a dar al paisaje serrano. Ajenos a la gestación del valor simbólico del paisaje que le van a otorgar Giner y los escritores de la generación del 98, los excursionistas alemanes verán en el Guadarrama las posibilidades que les ofrece para la práctica del deporte, sin olvidar que para ellos la Sierra sería difícilmente comparable con los Alpes, en los que se habían formado como escaladores y esquiadores. Las grandes cumbres por encima de los 3.000 y 4.000 metros, las nieves perpetuas de sus cumbres, los grandes glaciares, no existen en el Guadarrama, de la misma forma que tampoco se van a enfrentar a las duras y peligrosas escaladas que han hecho míticos lugares alpinos desde el punto de vista deportivo.

Quizá, por ello, se podría decir que el grupo de los excursionistas alemanes fue el menos guadarramista de todos, o más deportista que guadarramista, impulsor, más que iniciador, de una tendencia que se acentuará con rapidez en los siguientes años y hacia unos valores en los que pesará sobre todo el deporte en estado puro, la competición, para dejar en minoría, aunque siempre presentes, a los discípulos de Giner de los Ríos, quienes no han dejado de valorar todo aquello que a lo largo de más de un siglo y cuarto han ido aprendiendo sobre el Guadarrama, la idea de paisaje y la valoración de la naturaleza. Hoy más que nunca la Sierra de Guadarrama, todas las sierras, se han llenado de aquellos «snovistas» que detestaba Bernaldo de Quirós, o los «drogueros» a los que, con el mismo aire despectivo, se refería Lucas Fernández Navarro. Pero siempre quedará también una forma de mirar y entender la Sierra que conserve intacto ese espíritu que hizo a Bernaldo de Quirós arrastrar durante su viaje de exilio por tierras de Francia, República Dominicana y México, un baúl lleno de rocas, bien clasificadas, del Guadarrama. Es por ello que parece de lo más oportuno acabar el texto con otro de los párrafos extraídos del ya mencionado trabajo de Martínez de Pisón y que refleja en muy pocas palabras tantos años de historia de la Sierra:

«Peñalara es el gran regalo del Guadarrama. Es el complemento capital del conjunto de fragmentos valiosos que constituyen su suma. Y ese risco que forma la cima de la Sierra es también un paisaje cultural: lo es en las valoraciones, está presente en páginas de escritores y en cuadros de pintores de primera fila, ha dado lugar a estudios, a libros, a enseñanza, a

ascensionistas que viven un acto cultivado en su camino a la cumbre, a amantes de la naturaleza que han logrado en su conservación un nivel altamente civilizado. Peñalara es a la vez una montaña y un símbolo acumulativo.» (Martínez de Pisón, 2007: 180).

IV. BIBLIOGRAFÍA

- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1923): *Alpinismo*, Madrid, Calpe, 107.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1929): «La colonización del Guadarrama». *Peñalara*, nº 190 / 191 / 192, 231-240, 255-263, 279-290.
- BOLÍVAR, I. (1922): «En los albores del alpinismo. A mi amigo D. Constancio Bernaldo de Quirós», *Peñalara*, nº 100, 59-65.
- BOLÍVAR, I. y CALDERÓN, S. (1909): *Nuevos elementos de Historia Natural (I. Geología)*, Madrid, Fortanet, 255.
- CANOSA ZAMORA, E. y MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (2009): «Otras valoraciones del paisaje: el excursionismo militar», en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA CANTERO, N.: *Los valores del paisaje*, Madrid, UAM/Fundación Duques de Soria, 167-198.
- CUENCA, C. L. De (1898): «Los ciclistas alemanes en Madrid», *La Ilustración Española y Americana*, nº XXXII, 30 de agosto.
- GINER DE LOS RÍOS, F. (1915): «Paisaje» [1886], *Peñalara*, nº 15, marzo, 36-44.
- HAUSEN (1916): «De noche en el Yelmo», *Peñalara*, nº 32, agosto, 43-45.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2007): «Excursión por la Sierra de Guadarrama», *Ería*, 73-74, 178-191.
- MELIÁ, J. A. (1916): «Cronica de La Pedriza», *Peñalara*, nº 29, mayo, 130.
- MELIÁ, J. A. (1916): «Conquista del Pájaro», *Peñalara*, nº 29, mayo, 131-132.
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (1992): «El conocimiento naturalista de la Sierra de Guadarrama. Ciencia, educación y recreo», en GÓMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N. (dirs.) *Naturalismo y Geografía en España*. Madrid, Fundación Banco Exterior, 275-345.
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (2006):» El excursionismo militar en España y la visión del paisaje», *Scripta Nova*, Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. X, núm. 218 (61). Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-61.htm>
- NICOLÁS MARTÍNEZ, P. (1998): «Los deportes de montaña en la Sierra de Guadarrama», en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (dir.): *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 181-217.
- QUIROGA, F. (1893): «Excursión geológica a Robledo de Chavela», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, 384.
- PEÑALARA (1914): «Club Alpino Español», *Peñalara*, nº 4, enero.
- PRADO, C. De (1975): *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, Madrid, Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 352.
- SARO Y MARÍN, L. (1900): «Excursiones militares», *Revista Técnica de Infantería y Caballería* (monografía), 517-520.